

Desde el cielo

Isaac Daniel Jiménez Carrascal

isaac.jimenez@upb.edu.co

Estudiante de Licenciatura en Español- Inglés.

El profesor Carrascal lee cuentos chinos, pero preferiría escribirlos.

Para O.T., en algún lugar de la distancia. 01/11/?

No le llamemos vértigo, tampoco miedo. Dudo que esta sensación, la de estar aquí, pueda ser catalogada de esas formas que, a mi parecer, son un tanto abstractas y sin fundamento. Y entonces te preguntarás ¿acaso eres tú psicólogo o lingüista para sostener esa idea? Y yo te diré por supuesto que no, pero que siempre quise ser cualquiera de las dos.

Claro que reflexiono sobre ello; digo, a momentos pienso que la expresión apropiada puede ser estupor, tal vez aturdimiento, vaya, incluso estar pasmado. Pero entonces reparo en que, si bien todos estos adjetivos califican la esencia de tal, tienen algún problema; o bien su connotación es diametralmente amplia, lo suficiente como para ser incapaces de matizar todo el espectro; o bien figuran un letargo sensorial que, en algunos casos, puede ser más bien impropio de este asunto; o simplemente son demasiado tristes. De cualquier modo, aún estoy aquí, al parecer. Llevo horas aquí, estando muy cerca del sórdido e inmisericorde sol, más cerca de lo que me gustaría.

El día, por razones que desconozco, es fresco a pesar del incandescente amarillo cegador; la brisa es, de alguna manera, reconfortante. Las escasas nubes se mueven somnolientas al sur, bajo el clarísimo cian que las abriga. Todo se siente en extremo extraño, más de lo que se ha sentido en los últimos meses. Todo es tan singularmente diminuto y tan vertical, tan elaborado como en una maqueta.

Supongamos que las calles siempre son así de silenciosas, así de impolutas; sin gente transitando en las aceras y sin autos en kilómetros. Incluso teniendo en cuenta esta paz, hay una pesadez que me sobreviene y no puedo ignorarla. Es, en efecto, distinta a las demás que te he contado. Todo se siente tan impersonal y, a la vez, tan cercano; incluso estas palabras, escuetas y sin sentido, no se sienten como si fueran mías, pero en el fondo sé que lo son.

No me aturde esta situación, sino que, digamos, me genera una vaga y algo molesta sensación de ansiedad. Desde luego no es muy penetrante, al menos no lo suficiente como para abstraerme en ella y caer prisionero de un malestar puntiagudo. Me percaté de que esos días súbitamente se acabaron, todo en cuestión de pocas horas.

A pesar de lo que te he dicho, todas estas ideas acerca de la insuficiencia de las palabras, de una ciudad que me imprime una sensación más bien contraria a la paz, me siento en calma. Reconozco que muchos se espantarían y se precipitarían a vomitar descripciones y calificativos muy reducidos de sólo imaginarse en esta situación, en este lugar. La persona promedio perdería el juicio en cuestión de segundos y por supuesto que lo entiendo; así también me sucedió a mi alguna vez. Pero ya no más, hoy me siento en calma y sé que mañana también.

Ahora, que creo que me siento listo, no me queda sino esperar a tener la palabra ideal. Sigo buscando esa palabrita que me permita describir cómo se siente estar aquí. Sé que la conozco, es una que leí hace tiempo entre los cuadernos de Cioran, una que se me quedó como tatuada en la lengua y en los dedos.

Cayeron unos cuantos escombros de la esquina, era, sobre todo, polvo. Corrió el viento y se llevó consigo algo de la consistencia de la estructura. Escuché impactar los diminutos pedazos de concreto con el suelo, me atrevería a decir que hasta los oí mientras caían deliberadamente. Si hace unos meses me preguntabas qué opinaba del trayecto –ese que hay desde aquí hasta allá– te hubiera contestado que es tormentoso y aterrador; sin embargo, hoy te puedo afirmar que no es más que una distancia vacía, una de muchas.

Sé que soy el siguiente. No tengo calor, estoy fresco, estoy en calma, ¿qué otra cosa lo induce a uno a estar aquí sino eso? Hace un buen día a pesar del sol, a pesar de la ajenidad, a pesar de la descomunal cercanía. Todo está en un relativo orden. Todo es tan incierto y, a la vez, certero. El mundo jamás se había mostrado igual, hoy se desnuda ingenuo, honesto y, ante esto, no sé qué más decir.

Al verme ya sin tinta en los dedos, sin más palabras que articular, me despido entonces. No lo sabes, pero te lo digo: he estado mucho rato cavilando en el adjetivo, no lo encontré; ligeramente desesperado, decidí abandonar brevemente el ejercicio. Dirás entonces que la lectura de esta carta no ha valido la pena, que me retiro sin darte la exactitud de mi sentir, que, como la mayoría de asuntos en la vida, dejo inconcluso el trabajo. Pero yo te diré que muy dentro de mí sigo obstinado por encontrar ese adjetivo, no me he dado por vencido, sólo que me veo sin espacio y sin más cosas por escribir. Chao, hasta luego te digo.

Lo último que pude ver fue una abrupta e ininteligible transición de la claridad hacia la lobreguez. El cielo, como atravesado por pequeñas balas centelleantes de un marfil inmaculado, se estremecía en una lúgubre tonada. En el horizonte sólo posaba un enorme disco de plata, se despedía de mí. De repente ahí estaba todo otra vez; las calles, los carros, las gentes, el estrépito, el perro que ladra, la polución, la adustez, todo estaba de vuelta.

Siempre tuyo,

M.P. Kasmárov

P.D., Mientras mi cuerpo se enfrentaba a la misma sensación que la del polvo, y las sirenas de policía y los bomberos y los cientos de miles de ojos grababan el acto aterrados, sentí que estas circunstancias me habían colmado.